

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ-BALADO

JUAN XXIII
Un Papa todo Bondad



SAN PABLO



SAN PABLO

Prólogo

Aquel día de primavera

Fue exactamente el 24 de abril de 1963. Hay fechas que nos marcan para siempre y más aún lo hacen las palabras, los gestos, la luz de los ojos, la suavidad de las manos, el latido del espíritu..., de una persona esencial que, como regalo del Señor, entra, de pronto, en nuestras vidas. Así fue, en una de las salas para audiencias especiales del Palacio Vaticano, cuando tuve aquel providencial encuentro con Su Santidad el papa Juan XXIII, en compañía de mi hija primogénita, que, fiel a su generosa vocación, se aprestaba entonces a viajar a las tierras de la pobreza crítica, de las muertes prematuras, de las supervivencias laceradas –África en primer lugar; Iberoamérica luego– para compartir el sufrimiento y brindar ayuda a tantos seres víctimas de la injusticia y de la insolidaridad humana.

Hondamente compenetrados con las enseñanzas del Vicario de Cristo, con el mensaje de sus últimas encíclicas –la *Mater et magistra* y, más inmediatamente, la *Pacem in terris*–, con su

delicadeza, para mí conmovedora, de haberme invitado a participar como «perito» o experto en temas sociales y jurídicos en la magna asamblea, no podía contentarme con haberle leído, escuchado, visto, en la prensa o en los demás medios de comunicación social.

Después de haber tenido la suerte de hablar varias veces con su egregio predecesor, Pío XII, en mi condición de presidente de *Pax Romana* primero y luego como embajador de España cerca de la Santa Sede, y después de haber dialogado en hondura y más frecuentemente con monseñor Giovanni Battista Montini –a quien muchos presentíamos como futuro Pontífice–, la realidad es que anhelaba tener la ocasión de lograr un contacto directo con el papa Roncalli, a quien ya el instinto popular –y *vox populi, vox Dei*– calificaba como *il buon papa Giovanni* y adivinaba en él destellos de santidad, a través de sus comportamientos profundamente humanos.

Llegado a Roma, portador de un ejemplar del comentario colectivo a la *Mater et magistra* (elaborado por el conjunto de profesores del Instituto social León XIII, y con la intención también de recabar información más directa sobre el Concilio, solicité la pertinente audiencia –para mí y para mi hija–, y la obtuve sin demora.

Ya ante el Sumo Pontífice (en aquella mañana de abril en que coincidían la primavera atmosférica

rica y la nueva primavera de la Iglesia, en el corazón de millones y millones de cristianos, de todas las Iglesias, de creyentes de otras confesiones y de agnósticos deseosos de luz y de esperanza), mi hija y yo nos conmovimos en lo más hondo al verle y besar su mano.

Fuimos conscientes de que aquel hombre de una pieza, en el cuerpo y en el alma, se mantenía en pie y nos acogía sosegadamente, vencedor de la dolencia que le desgarraba sus entrañas, hasta el punto de que solo un mes y pocos días después —el 3 de junio de 1963, a las 19,45 horas—, partiría gozoso a la Casa del Padre, a quien tan fervientemente había amado y por quien tan plenamente se había desvivido.

Con sencillez, y un cierto temblor, le entregué el antedicho libro y, tras hojearlo unos momentos, con dulce sonrisa exclamó: «Pero, ¿han encontrado en la encíclica tanto que comentar?».

Al hilo de esa deliciosa pregunta, me atreví a expresarle que todavía nos había impresionado y removido más, por el contenido y por el lenguaje, su *Pacem in terris*, recién divulgada. La asumíamos como un impulso decisivo para promover en todas partes y, concretamente en España, un proceso pacificador, de diálogo, reconciliación y consenso, de transición a la democracia, con latido cristiano, pero abierto a

todos los ciudadanos, sin discriminación alguna y con pleno reconocimiento y garantía de todos los derechos humanos –los de libertad, desde la libertad de conciencia a las libertades civiles o políticas, y los de igualdad y justicia social–, como la encíclica proclamaba, en sintonía sustancial con la Declaración universal de las Naciones Unidas de 1948.

Su Santidad compartió con nosotros el anhelo de que así fuese, y cuando recibimos su bendición de despedida, nos sentimos comprometidos para siempre en ese empeño. Nada más puedo decir en el umbral de este quintaesenciado y riquísimo libro de José Luis González-Balado, que nos brinda lo fundamental de la vida y la palabra de quien encarnó un modelo de sugestiva santidad, desde la humanidad más entrañable, y que, al abrir las ventanas de nuestra Iglesia, no solo la hizo más convivencial y dialogante dentro, sino que también ofrendó al mundo exterior, sin fronteras en el espacio y en el tiempo, el don vivificante de la esperanza y la semilla de la paz en la justicia.

Por eso hay permanentemente flores sobre su tumba, bajo el suelo de la Basílica de San Pedro, y no se agosta su mensaje en el corazón de todas las gentes de buena voluntad.

«Nada puede detener la primavera», leí un día en un muro medio derruido de Villa Salvador, en

la atormentada tierra de Perú. Su Santidad Juan XXIII, canonizado ya en lo más íntimo de millones y millones de seres en el mundo, velará por la floración siempre fecunda de la fe cristiana y de la justicia y la paz en la tierra.

*Don Joaquín Ruiz-Giménez Cortés*¹

¹ Confieso con sincera humildad que cuando, en el otoño de 1995, este librito estaba para salir en su primera edición al encuentro de un tan desconocido como soñado número de lectores, soñé con el deseo de una voz más autorizada que la mía para dignificar su pobre autoría. La amistad que nos profesaba, a mi esposa y a mí, don Joaquín Ruiz-Giménez Cortés, con el que en más de una ocasión habíamos coincidido en evocar la excepcional bondad de Juan XXIII, y sobre el que nos había dado ocasión de leer, de su pluma, tan sinceros como creíbles elogios en *Cuadernos para el diálogo*, me animó a pedirle unas líneas de prólogo. Don Joaquín, siempre más que ocupado pero siempre generoso, aceptó con amabilidad. Reconozco que mucho más lo merecía el Tema (icon mayúscula!) que mi pluma. Ahora que el libro asoma en busca de lectores en su nueva edición por mérito de la santidad de Juan XXIII y de su lectura en la *vox populi* por el papa Francisco, me siento muy honrado y agradecido de que se conserve el prólogo del inolvidable don Joaquín, al que considero convencidamente el político español más honesto del siglo XX. Con su esposa doña Mercedes y sus hijos, especialmente Antonio, Guadalupe y Pilar, no me cuesta imaginarlo muy cerca de Juan XXIII en el Cielo.

Índice

	Págs.
Prólogo: Aquel día de primavera.....	7
Cronobiografía de una vida de Santidad	13
Introducción: Obispo de Roma y párroco del mundo.....	23
El ambiente familiar de su infancia.....	39
Su vocación sacerdotal	49
Obispo de Dios y visitador apostólico por el Vaticano	77
Representante de Pío XI (y de su sucesor Pío XII) en Turquía y Grecia.....	97
Nuncio apostólico en una Francia nada fácil.....	113
Arzobispo-patriarca de Venecia	139
«Quiero ser llamado Juan».....	153
Epílogo: Las ventanas abiertas del Papa Juan	181